7

LUZ DESDE EL ANTIGUO TESTAMENTO

La predicación apostólica está fuertemente arraigada en el terreno del A.T. Cuando los discípulos comenzaron a proclamar el evangelio, fueron inspirados por el Espíritu Santo, quien los guió a la comprensión de las enseñanzas del A.T. a la luz de la vida y de la obra de Cristo (cf. Jn. 16:13-15). Nuestro entendimiento presente de la revelación de Dios en Jesucristo debe seguir el modelo neotestamentario. Ahora bien, es un hecho fácilmente comprobable que los escritores del N.T. aplicaron a Cristo títulos y actividades que en el A.T. se atribuían sólo a Yahveh (Tabla II).

TABLA II

Algunos ejemplos de títulos y actividades atribuidos a Jesús en el N.T., que sólo se aplicaban a Yahveh en el A.T.

	Jesucristo	Yahveh
El que ascendió a lo alto.	Ef. 4:8.[28]	Sal. 68:18.
Eterno, Creador y Sustentador.	He. 1:2s, 10-12; Col. 1:16s; Jn. 1:3.	Sal. 102:25-27; 119:90s.
La Roca.	Ro. 9:33; 1 P. 2:8.	Is. 8:14; Dt. 32: 15, 18.
El vencedor de la muerte.	1 Co. 15:54.	Is. 25:8.
Aquel cuyo camino debía ser preparado.	Mt. 3:3; Jn. 1:23; Mt. 11:10.	Is. 40:3; Mal. 3:1.
Aquel cuya mente es insondable.	1 Co. 2:16.	Is. 40:13.
Aquel delante del cual se doblará toda rodilla.	Fil. 2:9-11; Ro. 14:11.	Is. 45:23.
El Salvador que viene.	Mt. 21:5.	Is. 62:11.
Nuestra justicia.	Ro. 5:18; 10:4.	Jer. 23:5s.
Aquel cuya mano está con los suyos.	Hch. 11:20s.	Esd. 7:6; 8:31.
El Nombre que salva.	Hch. 4:12 (cf. 2: 21); Ro. 10:9, 13.	Joel 2:32.

	Jesucristo	Yahveh
El Señor puesto a precio.	Mt. 27:9s.	Zac. 11:13.
El Señor traspasado.	Jn. 19:37 (cf. Ap. 1:7).	Zac. 12:10.
El Señor de gloria.	1 Co. 2:7s.	Sal. 24:7-10.
Aquel en quien nos gloriamos.	1 Co. 1:31.	Jer. 9:24.
Quien nos lleva a aguas de vida.	Ap. 7:17.	Jer. 2:13; 17:13.
El Juez Supremo.	Jn. 5:22, 27; Mt. 25:31-33; Hch. 10:42; 2 Co. 5:10.	Gn. 18:25; 1 Cr. 16:33; Sal. 9:7s.
El Primero y el Último.	Ap. 1: 17; 22:13.	Is. 41:4; 43:10; 44:6.
El Gran Pastor.	1 P. 2:25; 5:4; He. 13:20s.	Gn. 49:24; Sal. 23:1; 80:1.
Quien resplandecerá sobre su pueblo.	Ef. 5:14.	Is. 26:19; 60:1.
El Justo.	Hch. 7:52; 1 Jn. 2:1.	Is. 24:16.
El Redentor.	Mt. 20:28; Hch. 10:43; Gá. 4:4s.	Job 19:25; Sal. 19:14; Is. 41:14.
El Señor celoso.	1 Co. 10:21s.	Sal. 78:58.

	Jesucristo	Yahveh
El que reprende.	1 Co. 11:32.	Prov. 3:11.
El que recompensa.	Ap. 22:7.	Is. 40:10.
El Amén.	Ap. 3:14; 2 Co. 1:17-20.	Is. 65:16.
El que estará con su pueblo.	Mt. 18:20; 28:20.	Éx. 3:12; Dt. 31:8; Is. 41:10.

Muchos de los textos del N.T. que se presentan en la tabla II son citas textuales del A.T. La tabla no pretende ser exhaustiva. Tras examinar docenas de textos paralelos como los señalados, *resulta evidente que quienes, inspirados por el Espíritu Santo, escribieron los libros de nuestro N.T. estaban absolutamente convencidos de que Jesucristo era Dios.*

A continuación se consideran unos pocos ejemplos más.

1. Jeremías 23:5 es una profecía mesiánica. La prometida rama de David no es otro que Jesucristo, como el N.T. lo subraya repetidamente: Mt. 1:1; 15:22; 22:42s; Ro. 1:3; Ap. 5:5, etc. Ahora bien, Dios mismo declaró que este Mesías y Rey sería llamado «Yahveh nuestra justicia» (Jer. 23:6).

2. La profecía de Isaías 7:14 es cumplida plenamente por Cristo, concebido en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo. Jesús de Nazaret no es otro que Emanuel, «Dios con nosotros» (Mt. 1:23). Aunque no debe exagerarse la importancia del significado etimológico de los nombres bíblicos, es obvio que Mateo vio

en este nombre un significado especial, trascendente, como lo demuestra el hecho de que lo traduce. Si Mt. 1:23 no fuera una declaración inspirada de la divinidad de nuestro Señor, sería inexplicable el hecho de que Mateo afirme que sería llamado Emanuel, cuando ni en su Evangelio ni en el resto del N.T. se le llama así a Jesús. Evidentemente, para Mateo, Emanuel, Dios con nosotros, es sinónimo del nombre de Jesús, y tiene iguales implicaciones.

3. Mateo 1:21 dice: «le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». El nombre «Jesús» es la forma griega de *Yëshûa'*, que en hebreo significa «Yahveh (es) salvación» o «Yahveh salvará». Por lo tanto, el anuncio del ángel puede parafrasearse correctamente como sigue: «Debes darle al niño que nacerá de María el nombre "*Yahveh salvará*", porque *este niño salvará* a su pueblo de sus pecados». De lo anterior resulta obvio que san Mateo iguala a Jesucristo con Dios.

4. La extraña frase de Zac. 3:2 tiene un paralelo neotestamentario en 2 Timoteo 1:18, donde dos personas, aparentemente diferentes, son llamadas «Señor» (en el sentido fuerte de «Dios»): «Que el Señor le conceda hallar misericordia del Señor en aquel Día».

5. El hecho de que en la Septuaginta, la traducción griega del A.T. empleada por la Iglesia primitiva, se omita la expresión «Dios poderoso» (heb., 'ël gibbôr)[29] de los títulos mesiánicos de Isaías 9:6, probablemente explica por qué esta maravillosa profecía no es citada en el N.T.; sin embargo, Mateo cita Is. 9:1s y lo aplica al comienzo del ministerio terrenal de Jesucristo. La profecía de Is. 9:6 tiene extraordinaria importancia, pues en ella el Mesías o Cristo es llamado «Dios poderoso», un

término que Isaías aplica al mismísimo Yahveh unos versículos más abajo (Is. 10:21), y que en otras partes de la Biblia se aplica asimismo a Yahveh (Dt. 10:17; Sal. 24:8). De este modo, esta importantísima profecía, y la declaración de divinidad del Mesías que ella contiene, conservan todo su peso y valor, aun cuando los primeros cristianos no la hayan comprendido plenamente.

8

PARALELOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Como se observó en el capítulo anterior, los discípulos de Jesús transfirieron a éste los títulos y actividades propios de Yahveh según el A.T. Un fenómeno aún más extraordinario, si cabe, es que títulos y actividades semejantes se le atribuyen a Dios (el Padre o la Trinidad) y a Jesucristo, *en el mismo N.T.*, como lo demuestran los ejemplos de la Tabla III (p. 60)

¡Si los escritores del N.T. no creían que Jesús fuese Dios encarnado, debe entonces admitirse que fueron muy poco cuidadosos en sus afirmaciones!

Unos pocos pasajes más merecen mención detallada:

1. En Lucas 8:39 (cf. Mr. 5:19s), el Señor Jesús le ordenó al geraseno o gadareno que contara a otros cuán grandes cosas *Dios* había hecho por él, tras lo cual el hombre se fue «proclamando cuán grandes cosas *Jesús* había hecho por él».

2. En Hechos 16:31, 34 leemos: «y ellos dijeron: *Cree en el Señor Jesús* y serás salvo, tú y (toda) tu casa... y (él) se regocijó grandemente por haber *creído en Dios* con todos los suyos».

3. En Romanos 8:9 dice: «Sin embargo, vosotros no estáis en la carne sino en el espíritu, si en verdad el

Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el *Espíritu de Cristo*, el tal no es de Él».

4. También en Romanos (15:16s, 19) está escrito: «para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles, ministrando a manera de sacerdote el *evangelio de Dios*... hasta Ilírico he predicado en su plenitud el *evangelio de Cristo*».

5. En Lucas 1:43 leemos: «¿Por qué me ha acontecido esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?» Así exclamó Elisabet por el Espíritu Santo (v. 41) cuando la Virgen María llegó de visita. En el v. 43, como en el resto del capítulo, el «Señor» significa sin duda alguna «Dios» (17 veces se le llama «Señor»; cf. especialmente vv. 25, 38 y 45s). Llamar a María *theotokos*, Madre de Dios,[30] es simplemente otra forma de exponer una verdad bíblica, a saber, que María era la madre del Señor; es una declaración cristológica, no mariológica, una afirmación explícita de la divinidad del ser santo que nacería de la Virgen (Lc. 1:35). ¡Elisabet, llena del Espíritu Santo, claramente reconoció a Jesús como a su Dios!

TABLA III

Una comparación de títulos y actividades que se atribuyen en el N.T. tanto al Padre (o a la Trinidad) como al Hijo.

	Jesucristo, el Hijo de Dios	*Dios el Padre o la Trinidad*
Mt. 16:28; 26:29 (cf. Ef. 5:5; Ap. 11:15).	El Reino del Hijo.	El Reino del Padre.
Lc. 20:42.	Señor de David.	Señor de David.
Jn. 14:1.	Aquel en quien se puede confiar.	Aquel en quien se puede confiar.
Mr. 7:19; Hch. 10:15.	El que declaró limpios todos los alimentos.	El que declaró limpios todos los alimentos.
1 Co. 9:21.	La Ley de Cristo.	La Ley de Dios.
Col. 3:11; 1 Co. 15:28.	Todo en todos.	Todo en todos.
2 Ts. 3:16; Ro. 15:33.	Señor de Paz.	Dios de Paz.
Ap. 17:14; 19:16; 1 Ti. 6:15s.	Rey de reyes y Señor de señores.	Rey de reyes y Señor de señores.
Ti. 1:3s; 3:4-6.	Nuestro Salvador.	Nuestro Salvador.
2 P. 2:1 (= Jud. 4); Lc. 2:29; Hch. 4:24.	Soberano absoluto.	Soberano absoluto.
He. 1:10; Ap. 4: 11; 14:7	Creador.	Creador.
He. 7:3; Ro. 16: 26.	Eterno.	Eterno.

	Jesucristo, el Hijo de Dios	Dios el Padre o la Trinidad
Ap. 3:19; Hc.12: 5-7.	Disciplinador.	Disciplinador.
Ap. 2:10; Stg. 1: 12.	Dador de la corona de vida.	Dador de la corona de vida.
Ap. 3:7; 15:4.	El Santo.	El Santo.
Ap. 22:13; 21:6.	Alfa y Omega, el Principio y el Fin.	Alfa y Omega, el Principio y el Fin.

9

CRISTO ES ADORADO

El verbo griego *proskyneö* puede traducirse «adorar», «postrarse de rodillas», «reverenciar» u «honrar». La idea de postrarse ante un superior era el significado básico; pero en el N.T. el verbo se vincula estrechamente con el reconocimiento explícito o implícito de la naturaleza divina de aquel a quien se honra. El verbo *proskyneö* aparece 60 veces en el N.T., y se aplica:

al Padre (27 veces),[31]
al Hijo (16 veces),
a Satanás o a actos idolátricos (14 veces),
a intentos de adorar ángeles (Ap. 19:10; 22:8s),
al intento de Cornelio de adorar a Pedro (Hch. 10:25).

En sólo una ocasión en todo el N.T. (Ap. 3:9) *proskyneö* se refiere a un justo homenaje que deberá rendírsele a seres humanos. Ésta es una promesa del Señor Jesucristo que aún aguarda su cumplimiento. Así como los que son de Cristo recibirán la corona de la vida (Ap. 2:10), se sentarán con Él en tronos (Ap. 3:21) y recibirán «autoridad sobre las naciones» y poder para regirlas «con vara de hierro» (Ap. 2:26s), del mismo

modo un día los creyentes fieles a su Señor hasta el fin recibirán el homenaje de todos, aun de los malvados, quienes deberán reconocer que los que son de Cristo participan de sus prerrogativas y hasta de su naturaleza divina (2 P. 1:4).

Cuando el verbo *proskyneö* se refiere a Jesucristo, su uso se vincula siempre con el reconocimiento de su señorío supremo. Quienes le adoran están simultáneamente reconociendo su poder sobre la naturaleza (Mt. 14:33), sobre la enfermedad (Mt. 8:2; 15:25), sobre la muerte (Mt. 9:18) y sobre el reino de los cielos (Mt. 20:20s), aun cuando en este último caso el Señor dijo que, por respeto a la voluntad de su Padre, no estaba en Él conceder lo solicitado. Mt. 2:2, 8, 11 debe leerse a la luz de las afirmaciones de Mateo acerca de la concepción de Jesús, y de la adoración que se le rinde a Jesús tras la resurrección (Mt. 28:9, 17).

Trilling[32] ha subrayado con razón que Mateo distingue entre *gonupeteö*, que en su Evangelio significa simplemente, y de acuerdo con la etimología, «arrodillarse» (Mt. 17:14; 27:29; cf. Mr. 1:40; 10:17), y *proskyneö*, adorar.

En Lucas, fuera de la tentación (Lc. 4:7s), el verbo *proskyneö* sólo se emplea para describir la adoración que recibe el Señor triunfante y resucitado (Lc. 24:52).

En el Evangelio de san Juan, el verbo se refiere siempre a la adoración debida a Dios (Jn. 4:20-24; 12:20), excepto en 9:38, que habla de Cristo, y donde nuevamente se vincula la adoración que éste recibe con una clara confesión de fe en su señorío supremo. El Hijo debe ser honrado igual que el Padre (Jn. 5:23).

En Hebreos, *proskyneö* se usa dos veces. En He. 11:21, claramente se aplica a Dios, y en 1:6 al Hijo de

Dios. Con referencia a este último texto, «y adórenle todos los ángeles de Dios», dice el profesor Bruce:

> «Tiene una semejanza general con el Salmo 97:7... pero es aún más parecido a las palabras de la forma más extensa de Dt. 32:43 de la Septuaginta, las palabras finales del cántico de Moisés».[33]

Por supuesto, el texto de Dt. 32:43, como el Salmo 97:7, se refieren a Yahveh, y aquí las mismas palabras son dichas por el Padre acerca de su Hijo. Como lo señalan Schönweiss y Brown,[34] en el N.T. el sentido que a *proskyneö* le da la Septuaginta «es retomado y ulteriormente desarrollado, excepto que ahora denota *exclusivamente* la adoración dirigida (o que debiera dirigirse) sólo a Dios o a Jesucristo...».

En Apocalipsis, *proskyneö* sólo se aplica una vez a Jesucristo, el Cordero de Dios (Ap. 5:14), en una ocasión en que Padre e Hijo son adorados conjuntamente;[35] «el Cordero tiene derecho a todo aquello que pertenece a Dios: adoración, alabanza, etc.».[36] Que Aquel que está sentado en el trono, el Padre, y el Cordero de Dios, Jesucristo, reciben homenajes equivalentes lo prueba claramente la siguiente comparación:

El Hijo (Ap. 5:12)	*El Padre* (Ap. 7:12)
Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir	¡Amén!
el poder,	La bendición,
las riquezas,	la gloria,
la sabiduría,	la sabiduría,

la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza.	la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza (sean) a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Pero esto no es todo; en el himno cristológico de la epístola a los Filipenses, analizado más arriba (cap. 6), leemos que ante el nombre de Jesucristo se doblará toda rodilla en cielo, tierra e infierno, y que todos confesarán (es decir, reconocerán) el señorío de Jesucristo. Ángeles y hombres se postrarán ante Cristo, y le reconocerán como soberano. ¡Esta clase de homenaje no es otra cosa que la más sublime adoración!

Romanos 14:9,11 es un texto estrechamente relacionado con el anterior:

> «Porque para esto Cristo murió y resucitó, para ser Señor así de los muertos como de los vivos... Porque está escrito: Vivo yo —dice el Señor— que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua alabará a Dios».

Ésta es una cita compuesta de Is. 49:18 y 45:23; aquí el Señor no es otro que Yahveh, y Pablo aplica estos textos a Jesucristo. Las enseñanzas básicas de Fil. 2:8-11 y Ro. 14:9, 11 son semejantes, como lo demuestra la siguiente comparación:

Filipenses 2:8-11	*Romanos 14:9, 11*
Obediente hasta la muerte. Dios le exaltó. Todos le adorarán: en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra.	Cristo murió y resucitó. Todos le adorarán: tanto los muertos como los vivos.

En la adoración celestial no hay contradicción entre el honor debido al Padre y el que se le rinde al Hijo. Con razón escribe Schnackenburg:

> «No se observa tensión alguna entre el culto a Dios y el culto a Cristo. Cuando la Iglesia celebra a su Señor, es plenamente consciente de que honra a Dios mismo»[37].

Podemos, pues, concluir, con plena certeza, que Jesucristo fue y debe ser adorado en la misma forma en que es adorado el Padre, «en espíritu y en verdad».

10

ALGUNAS OBJECIONES

A continuación se examinarán algunos textos que aquellos que niegan la divinidad de nuestro Señor Jesucristo invocan como probatorios de su tesis. Cuando examinemos estos textos teniendo en cuenta su contexto inmediato, y el contexto global de las Sagradas Escrituras, veremos que nada hay en ellos que niegue la gloriosa verdad que proclamamos.

Mateo 4:1-10 (la tentación). Satanás desea ser adorado por Jesús, o tal vez desea asegurarse de que éste es el Mesías (v. 6). Jesús concluye el asunto diciendo: «¡Vete, Satanás! Porque escrito está: "Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él servirás"». La Escritura que Jesús cita es Dt. 6:13. El texto de Mateo no dice que Jesús se negó a adorar a Satanás *porque* adoraba a Dios. No hay un solo texto en toda la Biblia que diga que Jesucristo adoró a su Padre. La respuesta del Señor, en este contexto, significa: «Tú no eres digno de adoración». Jesús dice que el único digno de ser *adorado y servido* es Dios, no que él no lo sea. Más aún, tras la declaración de Jesús de que el único que debe ser servido es Dios, inmediatamente dice Mateo que los ángeles vinieron a *servir* a Jesús (aunque Mateo utiliza dos verbos diferentes en este caso). El hecho de que Jesús recibe adoración, y que, a

diferencia de ángeles o apóstoles, jamás la rechaza, evidencia que Él era Dios (Jn. 9:38; Mt. 28:9, 17; Lc. 24:52; cf. Hch. 10:25s; Ap. 22:8s).

Marcos 10:17s: «Y cuando salía para seguir su camino, vino uno corriendo, y arrodillándose delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo uno, Dios». Se dice que aquí Jesús rechaza el título «bueno», calificativo que solamente le corresponde a Dios; por lo tanto, Él no puede ser Dios. En realidad, el contexto muestra que el problema del hombre era que, en primer lugar, no sabía verdaderamente quién era Jesús, y que le estaba aplicando a *quien él creía ser un maestro humano* un adjetivo que debía reservarse para Dios. En otras palabras, para que lo que el joven decía no fuera una irreverencia, él debía primero reconocer quién era Jesús en realidad. La idea, de acuerdo con el contexto, puede entonces parafrasearse así: «¿Por qué, si no sabes quién soy verdaderamente, me llamas bueno? Sólo a Dios debes llamar bueno, y si no me reconoces como tal, no debes llamarme así».

Mateo 12:32: «Y a cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el venidero». Se argumenta que si es un pecado más grave hablar contra el Espíritu Santo que contra Jesús, éste es inferior a Dios. Una vez más se ignora el contexto: no se trata aquí de que hablar contra el Espíritu Santo sea un pecado más grave que hablar contra Jesús. El Señor dijo esto porque algunos decían que Jesús echaba a los demonios no por el poder del Espíritu Santo, sino por el poder de Beelzebú (Mt.

12:24). Los que así pensaban estaban confundiendo la obra de Dios con la del demonio, y estaban negando la obra del Espíritu Santo de Dios, quien precisamente es el que convence para arrepentimiento y salvación (Jn. 16:7-11). Quienes niegan la persona y la obra del Espíritu Santo, blasfeman contra Él y rechazan la obra de Dios, y por esto mismo no pueden ser perdonados mientras persistan en su incredulidad.

Juan 14:28: «Si me amarais, os regocijaríais porque voy al Padre, ya que el Padre es mayor que yo», es una exhortación a los discípulos. ¿En qué sentido el Padre es mayor que el Hijo? Antes de responder esta pregunta, veamos Juan 10:29s, que dice: «Mi Padre que me (las) dio es mayor que todos... Yo y el Padre somos uno». Padre e Hijo forman una unidad perfecta (cf. Dt. 6:4), pues tienen entre sí una relación de la más perfecta intimidad en la cual el Hijo se somete voluntariamente a la voluntad paterna. Ver a Cristo equivale a ver al Padre en Él (Jn. 14:9). Ambos son una misma cosa en esencia, ambos comparten la naturaleza divina. Mas cuando Jesús dijo esto, el Padre era superior a Él en dos aspectos, uno permanente y el otro transitorio, a saber: la voluntad del Padre es suprema, y su modo de existencia, en la esfera celestial, era superior a la de Jesucristo durante el ministerio terrenal de éste. Es por esto que, según Juan 14:28, para Cristo es mejor volver al Padre que permanecer en aquel estado de humillación (Fil. 2:6-11). En vista de las promesas de Jesús para los suyos, lo mismo parece ser cierto de los creyentes (cf. Fil. 1:23).

1 Corintios 8:6: «sin embargo, para nosotros hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros somos para Él; y un Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y por medio del cual (exis-

timos) nosotros». Si esta frase se considerara en forma aislada, parecería enseñar que sólo el Padre es Dios, y estaría en conflicto con el resto del N.T. Ahora bien, el contexto inmediato es el de las opiniones que los paganos tenían de sus ídolos, ya que creían en la existencia de muchos «dioses y señores» (1 Co. 8:5); no puede forzarse una distinción clara entre «dioses» y «señores» en este pasaje. En respuesta a este error, san Pablo replica que para los cristianos no existe este problema, pues creen que hay un solo Dios y un solo Señor. ¡Pablo no niega que Jesucristo sea Dios más de lo que niega que el Padre sea Señor! Más bien, el apóstol subraya ciertas características particulares tanto del Padre como del Hijo: el Padre aparece aquí como el Creador y Originador, de quien (*ek*) procede todo, y para quien (*eis*) somos nosotros; y al Señor Jesucristo en su función de supremo Mediador, por quien (*dia*) son todas las cosas, y por medio del cual (*dia*) existimos. Que se trata de una cuestión de énfasis, en el contexto de una controversia, lo prueba la comparación entre Col. 1:15-17 y Ro. 11:36 que se hizo en el cap. 6. Efesios 4:4-6 debe entenderse en forma similar, aunque el contexto allí no es la idolatría, sino la unidad.

1 Ti. 2:5: «Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre». El texto no niega que Cristo sea Dios; simplemente afirma que hay un único Dios verdadero, y un único verdadero mediador, Aquel que se hizo hombre. Es precisamente por ser *Dios y hombre* que es el perfecto Mediador.

Apocalipsis 3:14. Dice Jesús: «El Amén, el Testigo fiel y verdadero, el Principio de la creación de Dios, dice esto». De este texto algunos concluyen que Jesucristo es

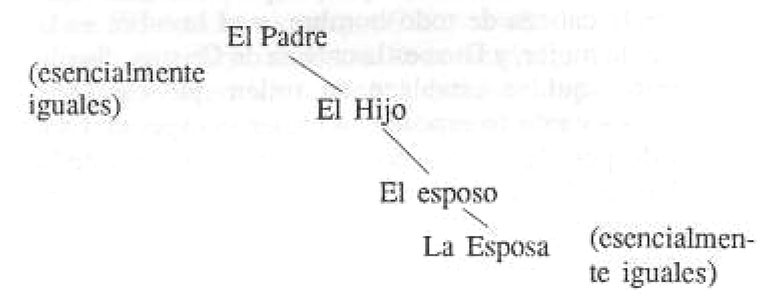
el primer ser creado (el principio de la creación). La palabra griega traducida aquí «principio» es *archë*, término que tiene diversos significados.[38] Indica básicamente prioridad, ya sea en tiempo o en rango, y también origen o causa de algo. Puede indicar el inicio de algo (v.g., Mr. 1:1), o sugerir un pasado remoto (Jn. 1:1). En otros casos tiene connotación de autoridad o de origen. Éste es el caso de Ap. 3:14 y Col. 1:18. La mayoría de los comentaristas y traductores consultados le dan a *archë* en Ap. 3:14 el sentido de «Autor», «Origen» o «Causa»;[39] otros interpretan el término como indicativo de la soberanía de Jesucristo sobre todo lo creado.[40] El primer sentido parece más apropiado si se consideran textos como Col. 1:15-18, He. 1:3, 10 y Ap. 1:17; pero debe reconocerse que el segundo, «Soberano», encaja perfectamente en el contexto de Ap. 3:14. A quienes sostienen que por llamarse Cristo a sí mismo «el Principio» era un ser creado, debe recordárseles que *Dios* se llama a sí mismo *hë archë kai to telos*, el Principio y el Fin, en Apocalipsis 21:6. Dios no tuvo principio, ni tendrá fin; Él *es* el principio y el fin, el originador de todo, y aquel hacia quien todo convergerá. Pues bien, el Señor Jesucristo también es llamado, y en el mismo sentido, Principio y Fin (Ap. 22:13).

1 Corintios 11:3: «Pero quiero que entendáis que Cristo es la cabeza de todo hombre, y el hombre es la cabeza de la mujer, y Dios es la cabeza de Cristo». Según este texto, aquí se establece un orden que es: Dios — Cristo — varón (o esposo) — mujer (o esposa). Esto es tomado por algunos como evidencia en contra de la divinidad de Jesús. Sin embargo, este punto de vista presenta importantes dificultades.

En primer lugar, se ha señalado que el término «cabe-

za» (gr. *kephalë*) «debe probablemente entenderse no como "jefe" o "gobernante", sino como "fuente" u "origen"»,[41] según el sentido figurado que a esta palabra se le daba antiguamente. Pero aun si se le quiere dar a *kephalë* el sentido de autoridad, debe tenerse en cuenta que en este grupo de cuatro que Pablo describe, hay dos pares bien definidos: Dios—Cristo, esposo—esposa (o varón—mujer). Esto nos lleva a la segunda de las dificultades señaladas.

Según la Biblia, varón y mujer son ambos imagen de Dios (Gn. 1:27), y en el Nuevo Pacto ya no cuentan las diferencias sexuales (Gá. 3:28). Esto significa que la pareja varón—mujer comprende dos seres *esencialmente iguales*, uno de los cuales está llamado a ejercer, en determinadas condiciones (concretamente en la relación conyugal), autoridad sobre el otro. La obediencia de la esposa a su esposo no niega su condición de igualdad esencial con éste. Por analogía, el primer par, Dios—Cristo, puede asimismo estar constituido por dos seres *esencialmente iguales*, aunque, como hemos visto, Cristo se ha sometido voluntariamente a su Padre. Es obvio que entre la relación de la primera pareja, la divina, y la segunda pareja, la humana, hay un gran escalón. Por lo tanto, 1 Corintios 11:3 puede esquematizarse como sigue:



El análisis precedente demuestra claramente que este texto no niega la igualdad esencial entre Dios y Cristo, como tampoco niega la igualdad esencial entre la mujer y el varón.

Para concluir este capítulo, vale la pena subrayar un hecho importante, a saber: *Ninguno de los principales textos que se aducen para negar la divinidad de Cristo establece explícitamente que Jesús no sea Dios; en todos ellos son necesarios ciertos supuestos y deducciones para llegar a la presunta conclusión. Por el contrario, como veremos en los próximos capítulos, sí existen afirmaciones expresas y claras que dicen que Jesucristo es Dios.*